

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

CUARTO DOMINGO DE PASCUA

17 de abril de 2005.

Juan 10, 1-10

1.- La voz del Buen Pastor. Hacer escuchar la voz del Buen Pastor – Jesucristo – es el anhelo profundo de todo buen cristiano, con mayor razón si éste desempeña un ministerio en la Iglesia. El amor a Jesús es la única garantía para mantener el rumbo debido. Jesús declara cómo debe ser el que se dedica al servicio del hombre. Un buen pastor, contrapuesto al que roba el alma de las ovejas encomendadas y se convierte en su dilapidador. El buen pastor da la vida por las ovejas, se queda sin nada por ellas, se deja robar y destrozar en defensa de ellas. La vocación de servicio, exigida a quienes deben desempeñar funciones al cuidado de la sociedad, supone una generosidad preparada empeñosamente en largas jornadas de reflexión, estudio y entrenamiento en la auténtica solidaridad. El mensaje evangélico incluye el comportamiento ejemplar de Jesús. No podrá ser superado ya que su excepcional situación lo acerca y distingue en la historia revuelta de los hombres. Quienes quieren seguirlo deben adoptar ese posible comportamiento inaugurado por Él. Su testamento - el precepto del amor – no da lugar a confusiones. El gran escándalo de los cristianos es el incumplimiento de ese precepto fundamental. A partir de su desplazamiento sobrevendrá, lógicamente, una avalancha de acusaciones – con fundamento o sin él – que lo arrolla todo a su paso. Duele, pero, ¡qué bien nos hace reconocer las semillas de verdad que trae consigo! Se nos está pidiendo que abandonemos los malos hábitos causados por el culto al poder, vigente en ciertas estructuras burocráticas, y adoptemos la pobreza, la no importancia humana y la fidelidad al mandamiento de Dios más que a los preceptos inventados por los hombres y devenidos en tradición intocable.

2.- Cristo es la Verdad. El amor hasta ofrecer al vida distingue al Pastor. Jesús se identifica de esa manera ante una sociedad dividida por el egoísmo y despedazada por el odio. Gesto incomprensible el suyo, destino personal de desaparición y muerte, nueva vida que emerge de la cruz. Su propósito es manifestarse como imagen de su Padre, verdadero Pastor de un pueblo recogido de la dispersión, destinado a ser definitivamente su pueblo. Vimos a Jesús compadecerse ante la muchedumbre que lo seguía hambrienta y necesitada de orientación: ***“Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y***

***se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor, y estuvo enseñándoles largo rato”***.<sup>[1]</sup>  
No sé si el gran escenario del pensamiento contemporáneo logrará incorporar el Evangelio. Se produce una saludable confrontación que altera sustancialmente los principios de esta modernidad carente de “principios”. Jesucristo ofrece la Verdad, no una versión frágil en verdades relativas. No es el caso de dogmatismos impuestos a sangre y fuego sino de la “Verdad” personificada en Quien viene de Dios y se revela fielmente. Cristo es la Verdad y el Camino que conduce a ella, En ese encuentro con Él se produce la Vida anhelada. El mismo Señor lo ha formulado sin retaceos: ***“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”***. Pero, para que ese encuentro sea eficaz se requerirá “honestidad intelectual” y su correspondiente disposición de la mente y del corazón. Dios no impone lo que su Hijo encarnado propone auténticamente. Quiere que el hombre recupere el ejercicio pleno de su libertad para que su plan de amor se cumpla.

3.- Todos conforman a Cristo. No es fácil entender que el buen pastoreo de Jesús debe transparentarse en toda la Iglesia, “su Sacramento”. Es verdad que se cumple más significativamente en quienes ejercen el “ministerio” que confió a los Apóstoles. Me refiero a quienes han sido ordenados para ello: obispos, presbíteros y, a su manera, también los diáconos. Ministerios que tienen en el obispo – sucesor de los Apóstoles – su verdadera plenitud. Hasta ahora hemos identificado en ellos, en forma

exclusiva, la imagen del Buen Pastor. Hacen presente la Cabeza del Cuerpo Místico de Cristo, pero, los miembros restantes también conforman a Cristo. San Pablo habla de los miembros diversos y las múltiples funciones de tales miembros; todas necesarias para la existencia viva del Cuerpo y el ejercicio de su misión. De aquí se deduce la necesidad de la unidad y la conciencia profunda de corresponsabilidad que debe inquietar a todos, conforme a su identidad. El Papa y los Obispos, los presbíteros y diáconos, presentan visible a Cristo – el Buen Pastor – como Cabeza y conductor del pueblo de Dios, su Cuerpo. No solos, ni exclusivos representantes del “Cristo total”, sino como cabeza necesariamente unida al Cuerpo. De esta visión de la Iglesia – como la presenta el Concilio Vaticano II – se deduce el establecimiento de una fraternidad en la que ningún miembro de la Iglesia es más digno que los otros y, si se lo honra de manera especial es en virtud de su sacramental representación del Padre y de la divina Cabeza.

4.- Asistencia del Espíritu. No quiero hacer pesada mi alocución con reflexiones exageradamente teológicas. Es preciso ubicar el pensamiento y aclarar las ideas. Prolifera la ignorancia. Lo hemos comprobado con motivo de la muerte de Juan Pablo II y de las especulaciones vertidas en innumerables espacios gráficos, radiales y televisivos. Estremece el alma escuchar lo que se dice, cómo se dice y con la publicidad con que se dice. Ahora es el momento de imaginar candidatos para la sucesión. Se los examina, se hurga en sus historias personales, se los “descuartiza” – afirmé en una de mis homilias exequiales – y, según la visión política de los diversos comunicadores, se los prefiere o excluye. ¿No olvidamos la presencia y animación del Espíritu Santo que es piadosamente invocado por los electores y la Iglesia toda? La historia nos ofrece lecciones imborrables, inspiradoras de conclusiones sorprendentes. Casi siempre aparece el no tenido en cuenta, sin chance mediática, sin proyección internacional, sin perfil alto. Dios elige, casi siempre, mostrando que nos ama en el ejercicio admirable de su libertad. No necesariamente al mejor – más inteligente, prestigioso, hábil conductor de las instituciones – sino a quien quiere. A esta altura de los acontecimientos lo debiéramos haber aprendido: “**Después subió a la montaña y llamó a su lado a los que quiso**”.<sup>[2]</sup> Aquellos sencillos hombres estaban muy lejos de pensar que radicara en ellos la capacidad que únicamente se hallaba en el humilde y santo Maestro.

5.- Siempre es Jesús el Pastor. El próximo Papa será un Pastor, innegable transparencia del que lo llamó y consagró para ejercer el ministerio de Pedro. Es lo que la fe enseña. Nuestra contribución será recibirlo como un don de Dios para una etapa nueva de la Iglesia. Juan Pablo II ha iniciado una misión, invisible pero más eficaz que la anterior; consiste en interceder por la Iglesia que amó hasta dar su vida por ella. Los medios de comunicación han prestado una cobertura excepcional a su tránsito y despedida. Gracias a ellos todo el mundo – los católicos, hermanos de otras confesiones religiosas y hombres y mujeres respetuosos de todas las convicciones – ha tenido la oportunidad única de introducirse en su magnífico silencio y escuchar su mensaje universal. Jesús mantiene vigente su presencia de Buen Pastor entre todos los hombres. ¡Demos gracias a Dios!

---

<sup>[1]</sup> Marcos 6, 34.

<sup>[2]</sup> Marcos 3, 13.